

LA EDAD DEL CORAZÓN

Llovía sin piedad. La mayoría de las chicas que llegaban para la entrevista lo hacían caladas hasta los huesos. Tampoco parecía importarles. No, no daba la impresión de que la lluvia pudiese afectarles el estado de ánimo en modo alguno. A África Fernández en cambio, a pesar de estar seca y protegida del calor por un potente aparato de aire acondicionado, la obstinada tromba de agua la tenía de un humor endiablado. Cierto que las tormentas tropicales no suelen durar demasiado, pero igual de cierto era que se repetían, cabezonamente, una hora sí y otra también.

-La siguiente - llamó.

Llevaba veintitrés chicas entrevistadas y aún le quedaban otras tantas por recibir, diseminadas por la escalera y la puerta del edificio. Consultó su reloj: las once y treinta y cinco, llevaba dos horas y treinta y cinco minutos evaluando candidatas a enlatadora de anchoas en aceite.

-Que sean limpias - había recalcado su jefe. -No contrates a ninguna que lleve las uñas sucias. Te recuerdo que su trabajo es manipular alimentos.

Sí, África ya sabía que iban a manipular alimentos, para eso se contrataba precisamente a las

chicas: para manipular alimentos. El típico comentario brillante del que no puede escaparse casi ningún jefe. Realizó un cálculo rápido; si mantenía el ritmo habría terminado a las... tres y diez, o tres y cuarto. No merecía la pena hacer un alto para comer. Además, tenía en el cajón de la mesa un paquete de galletas. Un paquete de galletas y una botella de whisky. Abrió el cajón y se concedió un sorbito, apenas una lagrimita, indiferente a la presencia de la chica que aguardaba en pie frente a ella, con las manos juntas y la mirada perdida en ningún sitio. Tenía los labios abultados y la nariz chata, como la mayoría de las mujeres en Guinea-Bissau y Casamance.

-¿Nombre?

No respondió. Se limitó a mirarla con sus dulces ojos oscuros rezumando incompreensión.

-¡Qué cómo te llamas!

Se estaba empezando a poner nerviosa; esa lluvia, ¡esa maldita lluvia! Volvió a mirar el reloj, solo habían pasado cinco minutos. ¿Qué hacía ella allí, una mujer blanca de cincuenta y seis años, entrevistando negras ignorantes? Enseguida se reprendió aquel brote segregacionista. Ella no era racista, al contrario, le encantaba la gente de color, su cultura, su dominio del cuerpo. Por ellos, sólo por ellos, por los hombres y las mujeres de África, había aceptado aquel trabajo en el continente negro.

-Bintou Gueye.

-¿Cómo?

-Bintou Gueye. Me llamo Bintou Gueye.

-Ah, muy bien ¿y cuántos años tienes?

Esa era otra de las agudas instrucciones de su jefe: que no fuesen mayores de cuarenta años. A África le había molestado bastante esa precisión, a ella no la habrían contratado: pasaba en dieciséis la edad máxima permitida. ¡Genial!

-Bueno chica, es para hoy, te he preguntado los años que tienes, ¡tu edad!

Sonrió Bintou Gueye moviendo lentamente la cabeza.

-¿No sabes cuántos años tienes?

La sonrisa de Bintou se hizo aún más amplia, dejando ver unos dientes blanquísimos y algo separados.

-No señora.

-Eso es imposible. Todo el mundo sabe la edad que tiene. ¡Es algo importante! Hay gente que no la dice pero claro que saben cuantos años han cumplido, vaya si lo saben. Vamos, déjate de tonterías y dime tu edad. Es información confidencial, no va a salir de aquí.

A Bintou la sonrisa se le había transmutado en una mueca de perplejidad, la señora se estaba enfadando en serio. La miró sumisamente y aventuró una cifra.

-¿Veinticinco?

-¿Veinticinco?

Parecía que a la entrevistadora iba a darle un síncope, sin duda Bintou se había equivocado en su respuesta.

-Treinta y tres - aseguró con mayor aplomo.

-¿Treinta y tres? ¿seguro? ¿no serán más bien veintiocho?

Los ojos de Bintou crecieron lo bastante como para eclipsarle el resto de la cara. Bien, si ella prefería veintiocho pues veintiocho ¿qué diferencia había entre decir un número u otro? Era joven, lo bastante joven para realizar el trabajo, de eso estaba segura, pero los años, la edad de los blancos, era algo que jamás le había llamado la atención.

-Soy joven - afirmó con aplomo.

-Ya, ya veo que eres joven. También yo soy joven ¿sabes? Aunque si alguien consultase mi carné de identidad seguro que se atrevería a ponerlo en duda. Bueno, no quiero ponerme nerviosa. En este maldito formulario tenemos que poner una cifra después de la palabra años. ¿Qué quieres que escriba? ¿Qué eres joven?

-Soy joven - insistió Bintou, ya a la defensiva.

-Está bien, mira, vamos a dejarlo. Pondremos veintidós, o mejor aún: diecinueve, así te jubilarán más tarde si tienes la desgracia de tener que pasarte la vida trabajando en esta estúpida fábrica.

-Entonces ¿me va a dar el trabajo?

-Claro, quedas contratada. Empiezas el lunes. El sueldo, como supongo ya sabrás, es de cuarenta y cinco mil *cefas*. Imagino que sí sabrás llevar la cuenta del dinero ¿verdad?

Asintió Bintou con la cabeza, de nuevo casi eclipsada por sus ojos infinitamente abiertos. La mujer, al parecer, ya no estaba enfadada. Sonreía y hasta le ofreció, con un gesto de camaradería, la redonda botella de licor. Quizá era costumbre entre los blancos. Bintou bebió un trago, que la hizo toser, y devolvió el frasco a su dueña con expresión aprobadora.

-Es bueno.

-Por supuesto que es bueno. A mi edad hay que